

Y ya maltratado por tanto embate, profundiza en la mente, y saca para faro perpetuo, la siguiente luz:

*Capturemos la intacta plenitud del momento,  
del instante que pasa y no vuelve a pasar,  
y en la móvil penumbra de la tarde, bordemos  
la metáfora esquiva, nada más, nada más...*

*Versos buenos o malos... el anhelo cambiante  
de las horas propicias a deliquios de amor;  
¡qué me importa la vida si he vivido el instante  
y he cogido la vida cual se coge una flor!*

Siente, cómo tantos, la invasión de la vulgaridad, pero sabe mantenerse digno en ella, levantada la frente y recio el caminar:

*Fui señor, ¡qué me importa lo demás! Tuve el gesto  
señorial de mi raza, de mi raza perdida  
en los años oscuros, y en los años que presto  
al dolor de la vida.*

*¿Mis pecados, mis vicios? Fui señor, vaya el resto  
para el curvo lacayo; fui señor sin medida,  
ante tantos señores de oropel, y por esto  
yo perdí la partida.*

A la esposa ida, la describe así:

*Ya eres mármol, y tierra y reposo;  
ya mi abril el octubre ha rondado,  
y es ya sombra el jardín luminoso.*

Su don profético lo hallamos por doquier, y aquí aparece de nuevo en esta forma:

*Ya sé que la vida ni es mala ni es buena;  
ni niego ni afirmo: me dejo llevar...  
Si viene la muerte, que venga serena:  
la barca está lista y abierta la mar.*

En esta otra estrofa, de sus *Nocturnos*, insiste la idea de un fin próximo:

*¿Se posa en mi alma la sombra,  
crespón funeral hay en mí;  
mentira fué aquello de antaño,  
la vida hoy se viste de gris.*

Angustia, angustia que nubla los ojos y desvía los pasos, dicha así:

*Angustia de ir lejos y en cada paraje  
morir de ansiedad;  
y en toda la magia de todo el paisaje  
sentirnos de viaje,  
los pasos hundidos en la eternidad.*

De tantas imágenes felices, esta es una:

*(Ah el tiempo homicida  
que nunca, que nunca  
perdona ni olvida).*

Y así, podríamos ir tejiendo red delicada de hilos finísimos de rueca divina. Que toda su producción es canto inefable de voz interior. Voz que es efluvio constante de anhelo de luz cenital, que escancia destellos preciosos en las almas amigas que anhelan como el poeta, belleza y amor.

San José, Costa Rica. Octubre de 1951.

## Esta carta...

4 de Mayo de 1951.

Señor don  
Joaquín García Monge  
Repertorio Americano  
San José de Costa Rica.

Querido Maestro García Monge:

*Hoy hace ocho días le mandé once ejemplares de mi último libro de versos, Crepúsculos Lluviosos, como humilde con tribución mía para el fondo de la imprenta de Repertorio Americano. Dicho libro se vende aquí a razón de 2.50 dólares el ejemplar. También, querido maestro, tengo una antigua cuenta que saldar con Repertorio por concepto de suscripciones. Lo haré muy en breve.*

*Tengo un estudio bastante largo y que hace parte de la serie que he venido publicando desde el año de 1940, bajo el título general de "Perfiles Angloamericanos" en la Revista Iberoamericana de la ciudad de México, y que me encantaría publicar en Repertorio si usted lo juzga digno de su publicación allí. Es un estudio inédito. Dígame usted, querido maestro, si quiere que se lo mande. Es sobre Theodore Dreiser, el gran novelista muerto hace unos años. Quisiera sí, si fuese posible, que se publicase en una entrega, ya que dicho estudio constituye un todo homogéneo y perdería sentido en lecturas parciales. Pero si no es posible publicarlo en una entrega, estoy seguro que se podría hacer en dos. En fin, usted dirá.*

*Aquí me tienen usted y Repertorio para servirles en lo que pueda, y sin más por el momento, quedo de usted,  
Affmo. amigo*

A. ORTIZ-VARGAS

## A. Ortiz Vargas

(En *El Tiempo* de Bogotá)

La muerte de Alfredo Ortiz Vargas, acaecida hace pocos días en una ciudad estadounidense, en circunstancias deplorablemente trágicas, implica una cuantiosa pérdida irreparable para las letras colombianas, que lo contaban, justa y orgullosamente, en el número de sus más insignes cultivadores contemporáneos. Como buen bogotano raizal, Ortiz Vargas tenía —en grado superlativo— el sentido del ingenio, de la hidalguía, de la espiritualidad. Como poeta, figuró destacadamente en el grupo de *Los Nuevos*, el más caracterizado y trascendente de todos los que en muchos años a la redonda han aparecido en el país. En los Estados Unidos, donde había fijado su residencia desde hacía largo tiempo, regentó cátedras universitarias con sobra de competencia y llevó a cabo una generosa y eficaz labor de acercamiento intelectual.

Ortiz Vargas era un lírico espontáneo, fácil, de un insólito poder comunicativo. Se dió a conocer con *Lejana*, un libro en el cual recogió el fruto de sus emociones primigenias. Fruto, sazonado y jugoso, como que sentó, definitivamente, su prestigio como poeta de exuberante imaginación, de inspiración auténtica y de dominador de todos los recursos del arte. Posteriormente, en Boston, dió a la publicidad *Las Torres de Manhattan*, serie de poemas a los cuales, en términos ampliamente genéricos, podría dárseles el título de breviarío de emociones de un espíritu excepcionalmente fino enfrentado al patético espec-

táculo de la civilización norteamericana. Menos valioso, según algunos críticos, que otros libros de Ortiz Vargas, nos parece, sin embargo, que ese es el que mejor define su personalidad lírica. A la mayoría de los intelectuales de otros países los apabulla, casi literalmente, el maremagnum neoyorkino: o les seca la inspiración o los torna en filosofastros de pacotilla. Ortiz Vargas reaccionó con un decoro excepcional y fructífero como pocos. Otro libro suyo de grandes méritos es el titulado *Crepúsculos Lluviosos*, cuyo pie de imprenta reza: Bogotá, 1948, aunque fuera puesto en circulación, casi discretamente, al año siguiente. Hay en él muchas páginas de factura impecable, y seguramente destinadas a perdurar. Porque sin la obsesión de los perfeccionistas, Ortiz Vargas era un esteta en el más comprometedor sentido del término. Pero no de los encastillados, como vírgenes necias, en su torre de marfil: gustaba de las amistades, de la camaradería, y ocasionalmente, de la bohemia jacarandosa. De la vida plena, pero "con cierto ritmo y con cierta proporción".

A las novísimas generaciones intelectuales y sociales literarias del país, no les dirá ni podría decirles mucho la noticia de la muerte de Alfredo Ortiz Vargas. Ignoran ellas, y subestiman, tantas cosas. Pero esa muerte es deplorable por innúmeras causas, entre otras la valía intelectual y humana del ilustre poeta.

Agosto de 1951